



N.º 19 XUNU 2011

MUYERES A TEYAVANA



Joder!!! Olvidé casarme...



Colectivu Milenta Muyeres

C/ Puerto Pajares 10 bajo posterior 33011 Uviéu
info@milenta.org www.milenta.org

Sumario

La lucha continúa: ni mitificadas ni olvidadas	3
Igualdad de derechos en polaco. Trina, la patrona de las feministas	7
La guerra y sus preguntas	9
Otras voces feministas. "Feminismos existentes y debates resistentes"	11
Poesía	12
Entrevista a Mónica Bernabé	14

Editorial

Hay olvidos que parecen imposibles. Nuestra designación de género hace de ellos un chiste de mal gusto. Conciliar feminismo y matrimonio siempre ha tenido sus complicaciones, sus elementos de contradicción ideológica basados en la firma de un contrato que, en muchos casos, otorga desigualdad a cambio de economía.

Cuando ya todo lo referente al papel de la educación religiosa y sus mensajes de matrimonio-sacramento estaban cuestionados, llega la ley por la que se modifica el Código Civil en materia de derecho a contraer matrimonio para parejas del mismo sexo, y todo da una vuelta de tuerca, ¿lo reaccionario es progresista, lo progresista es reaccionario? ¡Qué difícil se está volviendo esto del feminismo!

Y en medio de todo llega la moda *Mad Men*, los 50 son *in*, lo *retro* es actual. En lo cultural, en lo político, y hasta en lo social... sólo queda esperar con los dedos cruzados a que esta sea una moda efímera, muy efímera.

Desde Milenta seguimos apostando por que el feminismo sea la filosofía sustentadora de la autonomía de las mujeres, y si para eso debemos perder algo de memoria, así se hará.

Milenta Muyeres y Mocés



Esta actividá realizose cola ayuda
de la Conseyería de Cultura del
Principáu d'Asturies
Collabora: Conseyu de la Mocedá
del Principáu d'Asturies
Dep. Leg.: AS-42/03

1000
Milenta Ediciones

Traducción: LLucía Menéndez Menéndez



La lucha continúa: ni mitificadas ni olvidadas

Azucena López y Gemma Suárez

El patriarcado es un sistema universal que ha sobrevivido a dictaduras y democracias. La memoria, individual o colectiva, es subjetiva y muchas veces engañosa. Por ello es bueno recordar que, aunque a lo largo de la historia ha habido épocas de mayor igualdad, nunca han dejado de ser sistemas patriarcales.

Nuestro trabajo en archivos nos ha permitido conocer la situación de la mujer en la II República, la guerra y la dictadura franquista. Con los datos recabados, hemos imaginado la carta de una mujer que nos escribiría desde el pasado para que ni lo olvidemos ni lo mitifiquemos:

Nací en Asturias, con la dictadura de Primo de Rivera: la clase trabajadora exigía mayor igualdad y los ricos respondían con políticas de extrema derecha. Pronto el dictador dimitió y hubo elecciones. Los republicanos ganaron y el rey partió al exilio. Recuerdo esos días: el nerviosismo, la alegría, mi padre subiéndome a hombros en la plaza del ayuntamiento, abarrotada de gente, la tricolor ondeando, la algarabía... Aún era muy niña, pero sentía esa emoción de los momentos importantes, esos instantes que sabes que recordarás siempre.

Mi nieta estudia que las mujeres se incorporaron al mundo laboral en la Primera Guerra. España no participó en esa guerra, pero nuestras mujeres, las pobres, la mayoría, se rompían el

espinazo en el campo, en las fábricas, en la lonja... desde siempre. Nuestra entrada en el trabajo remunerado fue por necesidad.



La República supuso algunos avances, si bien tímidos, pues tuvo un ínfimo número de diputadas y poco tiempo para desarrollarse: se reguló el trabajo femenino, aunque haciendo caso omiso a las exigencias de corresponsabilidad en el hogar; se legalizó el divorcio, pero debían transcurrir dos años desde el matrimonio y uno de los cónyuges sería declarado culpable. Por otro lado, la sociedad castigaba moralmente a las mujeres divorciadas, así que en Asturias hubo poco más de 300 divorcios. Se

El patriarcado es un sistema universal que ha sobrevivido a dictaduras y democracias. La memoria, individual o colectiva, es subjetiva y muchas veces engañosa. Por ello es bueno recordar que, aunque a lo largo de la historia ha habido épocas de mayor igualdad, nunca han dejado de ser sistemas patriarcales.

Nuestro trabajo en archivos nos ha permitido conocer la situación de la mujer en la II República, la guerra y la dictadura franquista. Con los datos recabados, hemos imaginado la carta de una mujer que nos escribiría desde el pasado para que ni lo olvidemos ni lo mitifiquemos:

Nací en Asturias, con la dictadura de Primo de Rivera: la clase trabajadora exigía mayor igualdad y los ricos respondían con políticas de extrema derecha. Pronto el dictador dimitió y



hubo elecciones. Los republicanos ganaron y el rey partió al exilio. Recuerdo esos días: el nerviosismo, la alegría, mi padre subiéndome a hombros en la plaza del ayuntamiento, abarrotada de gente, la tricolor ondeando, la algarabía... Aún era muy niña, pero sentía esa emoción de los momentos importantes, esos instantes que sabes que recordarás siempre.

Mi nieta estudia que las mujeres se incorporaron al mundo laboral en la Primera Guerra. España no participó en esa guerra, pero nuestras mujeres, las pobres, la mayoría, se rompían el espinazo en el campo, en las fábricas, en la lonja... desde siempre. Nuestra entrada en el trabajo remunerado fue por necesidad.

La República supuso algunos avances, si bien tímidos, pues tuvo un ínfimo número de diputadas y poco tiempo para desarrollarse: se reguló el trabajo femenino, aunque haciendo caso omiso a las exigencias de corresponsabilidad en el hogar; se legalizó el divorcio, pero debían transcurrir dos años desde el matrimonio y uno de los cónyuges sería declarado culpable. Por otro lado, la sociedad castigaba moralmente a las mujeres divorciadas, así que en Asturias hubo poco más de 300 divorcios. Se legisló sobre la trata de blancas, el matrimonio civil, los hijos fuera del matrimonio... Y la ley más esperada: el voto femenino. Muchos compañeros de partido no estaban de acuerdo y la historia siempre nos señaló como las culpables de que ganase la derecha en el 33. Pero entonces ¿cómo se explica la victoria de las izquierdas en el 36?



El patriarcado es un sistema universal que ha sobrevivido a dictaduras y democracias. La memoria, individual o colectiva, es subjetiva y muchas veces engañosa. Por ello es bueno recordar que, aunque a lo largo de la historia ha habido épocas de mayor igualdad, nunca han dejado de ser sistemas patriarcales.

Nuestro trabajo en archivos nos ha permitido conocer la situación de la mujer en la II República, la guerra y la dictadura franquista. Con los datos recabados, hemos imaginado la carta de una mujer que nos escribiría desde el pasado para que ni lo olvidemos ni lo mitifiquemos:

Nací en Asturias, con la dictadura de Primo de Rivera: la clase trabajadora exigía mayor igualdad y los ricos respondían con políticas de extrema derecha. Pronto el dictador dimitió y hubo elecciones. Los republicanos ganaron y el rey partió al exilio. Recuerdo esos días: el nerviosismo, la alegría, mi padre subiéndome a hombros en la plaza del ayuntamiento, abarrotada de gente, la tricolor ondeando, la algarabía... Aún era muy niña, pero sentía esa emoción de los momentos importantes, esos instantes que sabes que recordarás siempre.

Mi nieta estudia que las mujeres se incorporaron al mundo laboral en la Primera Guerra. España no participó en esa guerra, pero nuestras mujeres, las pobres, la mayoría, se rompían el espinazo en el campo, en las fábricas, en la lonja... desde siempre. Nuestra entrada en el trabajo remunerado fue por necesidad.

La República supuso algunos avances, si bien tímidos, pues tuvo un ínfimo número de diputadas y poco tiempo para desarrollarse: se reguló el trabajo femenino, aunque haciendo caso omiso a las exigencias de corresponsabilidad en el hogar; se legalizó el divorcio, pero debían transcurrir dos años desde el matrimonio y uno de los cónyuges sería declarado culpable. Por otro lado, la sociedad castigaba moralmente a las mujeres divorciadas, así que en Asturias hubo poco más de 300 divorcios. Se legisló sobre la trata de blancas, el matrimonio civil, los hijos fuera del matrimonio... Y la ley más esperada: el voto femenino. Muchos compañeros de partido no estaban de acuerdo y la historia siempre nos señaló como las culpables de que ganase la derecha en el 33. Pero entonces ¿cómo se explica la victoria de las izquierdas en el 36?

Nosotras participamos en las huelgas, en los partidos y los sindicatos, pero nuestros compañeros nos invisibilizaban continuamente. La



El patriarcado es un sistema universal que ha sobrevivido a dictaduras y democracias. La memoria, individual o colectiva, es subjetiva y muchas veces engañosa. Por ello es bueno recordar que, aunque a lo largo de la historia ha habido épocas de mayor igualdad, nunca han dejado de ser sistemas patriarcales.

Nuestro trabajo en archivos nos ha permitido conocer la situación de la mujer en la II República, la guerra y la dictadura franquista. Con los datos recabados, hemos imaginado la carta de una mujer que nos escribiría desde el pasado para que ni lo olvidemos ni lo mitifiquemos:

Nací en Asturias, con la dictadura de Primo de Rivera: la clase trabajadora

exigía mayor igualdad y los ricos respondían con políticas de extrema derecha. Pronto el dictador dimitió y hubo elecciones. Los republicanos ganaron y el rey partió al exilio. Recuerdo esos días: el nerviosismo, la alegría, mi padre subiéndome a hombros en la plaza del ayuntamiento, abarrotada de gente, la tricolor ondeando, la algarabía... Aún era muy niña, pero sentía esa emoción de los momentos importantes, esos instantes que sabes que recordarás siempre.

Mi nieta estudia que las mujeres se incorporaron al mundo laboral en la Primera Guerra. España no participó en esa guerra, pero nuestras mujeres, las pobres, la mayoría, se rompían el espinazo en el campo, en las fábricas,





IGUALDAD DE DERECHOS EN POLACO

Trina, la patrona de las feministas

Joanna Jusianiec

(Traducción polaco-castellano. Nurula)

Cuando voy a Polonia, siempre visito Slupsk. Aquí nació, aquí viven mi madre, mi abuela y mi hermana pequeña, las mujeres que más quiero. Aquí también hay un lugar al que siempre me gusta ir: la Torre de las Brujas. Un edificio antiguo reconstruido en el cual, según cuenta la historia, estuvo encarcelada y fue torturada la última bruja de Slupsk, Trina Papisten, en realidad llamada Katarzyna Zimmermann.

No se sabe muy bien cómo ni por qué, en 1701, llegaron a quemar en la hoguera a esta mujer. El vecindario la acusó de realizar conjuros porque tenía el pelo rojo, o bien porque no entraba en las conversaciones de las mujeres cuando iba a la fuente, o porque sabía mucho sobre hierbas. Trina tenía marido e hijos. La acusaron de ser la responsable, por sus maleficios, de todas las plagas que llegaron a la ciudad. La encerraron en esta torre y la torturaron durante unos días, hasta que en pleno sufrimiento se declaró culpable de todas las acusaciones. Después la quemaron en la hoguera.

Los y las habitantes de Slupsk no se olvidaron de esta mujer. Se escribieron muchas leyendas en torno a ella y una asociación feminista de Slupsk la eligió como su patrona, considerándola una sabia mujer que rompía los estereotipos de la época. "Porque la ley nos garantiza la igualdad", dice una de las fundadoras de la asociación (Żaneta Paszkowska) "y somos iguales que nuestras parejas, pero esto está muy lejos de la realidad.

La sociedad mantiene muchos estereotipos, y aunque las mujeres tenemos la misma educación que los hombres, son ellos los que ocupan los mejores cargos y tienen mejor sueldo, aunque en algunos casos tengan menos conocimientos. A una parte considerable de los hombres les gustaría ver a las mujeres dedicadas al hogar y a sus niños/as; no tengo nada en contra de la cocina, ni de las/los niñas/os, sobre todo si son los míos, pero aquí no se acaba mi mundo".

La asociación organiza cada año los Días de la Mujer, durante los cuales se proyecta un ciclo de cine sobre mujeres, para mujeres y realizado por mujeres; así como conferencias y cursos cuyo objetivo es romper los estereotipos de género, porque las mujeres tampoco estamos libres de ellos. "Me estoy dando cuenta de esto mientras conduzco el coche", afirma mi madre. "Si alguien tarda mucho en girar, pienso 'venga mujer, arranca', y luego resulta que es un hombre el que conduce. Desde que somos pequeños/as, las propias mujeres, nuestras madres, abuelas y profesoras llenan inconscientemente de estos estereotipos nuestras mentes. No es fácil liberarnos de esto".

Por eso durante los Días de la Mujer las psicólogas de la asociación Trina Papisten organizan estos cursos dirigidos a mujeres. Intentan abrir sus mentes, que puedan liberarse psicológicamente de sus parejas, de sus agresiones en general; en definitiva, ayudarles a mirar a través de las gafas moradas.

Cuando voy a Polonia, siempre visito Slupsk. Aquí nació, aquí viven mi madre, mi abuela y mi hermana pequeña, las mujeres que más quiero. Aquí también hay un lugar al que siempre me gusta ir: la Torre de las Brujas. Un edificio antiguo reconstruido en el cual, según cuenta la historia, estuvo encarcelada y fue torturada la última bruja de Slupsk, Trina Papisten, en realidad llamada Katarzyna Zimmermann.

No se sabe muy bien cómo ni por qué, en 1701, llegaron a quemar en la hoguera a esta mujer. El vecindario la acusó de realizar conjuros porque tenía el pelo rojo, o bien porque no entraba en las conversaciones de las mujeres cuando iba a la fuente, o porque sabía mucho sobre hierbas. Trina tenía marido e hijos. La acusaron de ser la responsable, por sus maleficios, de todas las plagas que llegaron a la ciudad. La encerraron en esta torre y la torturaron durante unos días, hasta que en pleno sufrimiento se declaró culpable de todas las acusaciones. Después la quemaron en la hoguera.

Los y las habitantes de Slupsk no se olvidaron de esta mujer. Se escribieron muchas leyendas en torno a ella y una asociación feminista de Slupsk la eligió como su patrona, considerándola una sabia mujer que rompía los estereotipos de la época. “Porque la ley nos garantiza la igualdad”, dice una de las fundadoras de la asociación (Żaneta Paszkowska) “y somos iguales que nuestras parejas, pero esto está muy lejos de la realidad. La sociedad mantiene muchos estereotipos, y aunque las mujeres tenemos la misma educación que los hombres, son ellos los que ocupan los mejores cargos y tienen mejor sueldo, aunque en algunos casos tengan menos conoci-



mos en general, en definitiva, ayudando a mirar a través de las gafas moradas. “Hace un tiempo estuve en una Casa de Crisis, centros de acogida temporal para personas que necesitan urgentemente ayuda en un momento determinado de su vida (independientemente de su sexo)”, afirma una periodista de un periódico local. “No encontré aquí ningún hombre, sólo mujeres con sus hijos/as, que en la mayoría de los casos estaban escapando de la violencia ejercida por sus parejas. Eran mujeres que durante mucho tiempo habían sido



La guerra y sus preguntas

(Una Mujer en Berlín. Anónima. Barcelona: Quinteto. 2007)

Lorena Rodríguez

Anónima es una mujer real que vivió en Berlín la Segunda Guerra Mundial y plasmó sus vivencias en un diario que sólo permitió publicar después de su muerte y siempre sin revelar su nombre. Es totalmente sincera con respecto a sus acciones y sentimientos, y la estructura de diario hace que nos resulte muy cercano y la identificación con la protagonista se consigue fácilmente, una vez superado el impacto inicial.

Sabemos que es una mujer joven, a finales de la veintena quizás, y que es periodista. Debido a su profesión ha viajado, entre otros lugares a la Unión Soviética, donde parece que ha pasado una larga temporada que le ha servido para conocer el idioma con cierta fluidez.

El diario comienza cuando los *ivanes* (los soviéticos) entran en la ciudad y las y los habitantes de Berlín, en su mayoría mujeres y niños, están escondidos en los refugios antiaéreos. Apenas quedan hombres en la ciudad, y los que hay son demasiado mayores o han sufrido heridas en la guerra. Está claro ya que Alemania es la perdedora. El clima es de tensa espera, los rumores hablan de la violencia rusa como venganza por la anterior violencia alemana en sus territorios, y sobre todo con su población.

Dentro del refugio donde se encuentra nuestra protagonista las mujeres intentan afeitar su aspecto todo lo posible, incluso parecer enfermas para, de esta manera, resultar lo menos atractivas posible e intentar evitar las



violaciones. Desgraciadamente no tienen éxito y esa primera noche en que los rusos llegan al refugio Anónima es violada, al igual que varias de sus compañeras. ¿Qué hacen los hombres allí escondidos? Nada. Aunque en un primer momento leemos cómo esa falta de acción provoca el enfado de las mujeres, en seguida disculpan la actitud masculina pensando que su resistencia no habría servido de nada. La violación habría tenido lugar de igual manera, la única diferencia hubiera sido la muerte de quien quisiera defenderlas.

Las violaciones se repiten una vez que dejan el refugio (el sótano del edificio en

Anónima es una mujer real que vivió en Berlín la Segunda Guerra Mundial y plasmó sus vivencias en un diario que sólo permitió publicar después de su muerte y siempre sin revelar su nombre. Es totalmente sincera con respecto a sus acciones y sentimientos, y la estructura de diario hace que nos resulte muy cercano y la identificación con la protagonista se consigue fácilmente, una vez superado el impacto inicial.

Sabemos que es una mujer joven, a finales de la veintena quizás, y que es periodista. Debido a su profesión ha viajado, entre otros lugares a la Unión Soviética, donde parece que ha pasado una larga temporada que le ha servido para conocer el idioma con cierta fluidez.

El diario comienza cuando los *ivanes* (los soviéticos) entran en la ciudad y las y los habitantes de Berlín, en su mayoría mujeres y niños, están escondidos en los refugios antiaéreos. Apenas quedan hombres en la ciudad, y los que hay son demasiado mayores o han sufrido heridas en la guerra. Está claro ya que Alemania es la perdedora. El clima es de tensa espera, los rumores hablan de la violencia rusa como venganza por la anterior violencia alemana en sus territorios, y sobre todo con su población.

Dentro del refugio donde se encuentra nuestra protagonista las mujeres intentan afeitar su aspecto todo lo posible, incluso parecer enfermas para, de esta manera, resultar lo menos atractivas posible e intentar evitar las violaciones. Desgraciadamente no tienen éxito y esa primera noche en que los rusos llegan al refugio Anónima es violada, al igual que varias de sus compañeras. ¿Qué hacen los hombres

allí escondidos? Nada. Aunque en un primer momento leemos cómo esa falta de acción provoca el enfado de las mujeres, en seguida disculpan la actitud masculina pensando que su resistencia no habría servido de nada. La violación habría tenido lugar de igual manera, la única diferencia hubiera sido la muerte de quien quisiera defenderlas.

Las violaciones se repiten una vez que dejan el refugio (el sótano del edificio en el que viven) y vuelven a sus casas. Los soldados entran en los apartamentos, atacan a las mujeres en su camino a conseguir agua o comida, ninguna está segura. Las madres esconden a sus hijas adolescentes y no abren la puerta a nadie, aunque sea otra mujer que pide ayuda. Comienza así una lucha por la supervivencia en la que se no se culpabiliza a nadie de la situación, no se espera que nadie aparezca para salvarlas, la única opción posible es tomar las riendas de su propia vida y luchar por no perderla.

Anónima, como tantas otras mujeres, toma una decisión difícil. Sabe que será violada por cualquier soldado en cualquier momento, arriesgándose, no sólo a todo tipo de enfermedades, sino a morir a manos de un *iván* demasiado violento o demasiado borracho para medir su comportamiento. La única forma de evitarlo, y además obtener un beneficio, sería conseguir que un oficial del más alto rango posible fuera su compañero de cama de forma habitual. Gracias a su conocimiento del idioma le resulta bastante sencillo conseguir su propósito, obteniendo no sólo protección sino también comida, que llevaba mucho tiempo escaseando en Berlín.

A pesar de que la decisión fue meditada y no cree haberse equivocado, Anónima



Otras voces feministas

“Feminismos existentes y debates resistentes”

Ana Suárez

La corriente “Otras voces feministas” celebró su III Encuentro Nacional en Madrid el pasado mes de abril. Asistieron en torno a 150 representantes de las comunidades autónomas de Galicia, Asturias, Euskadi, Cataluña, Canarias, Madrid, Valencia, Castilla León y Navarra.

Pasados 30 años de las primeras Jornadas feministas de Granada, la historia de las políticas de igualdad españolas ha tenido un largo recorrido. El denominado feminismo institucional ha tenido momentos de gloria y momentos de desacierto. Se han sentado las bases, más o menos estables, para constituir el marco adecuado de derechos para las mujeres, pero muchos de los planes de igualdad realizados o de las leyes aprobadas no dejan de tener un gran componente de buenas intenciones y difícil implantación por ausencia presupuestaria, medidas de seguimiento, planes de acompañamiento, etc.. Como colofón, en los últimos tiempos hemos asistido a la creación y derrumbe en tiempo record de un Ministerio, el de Igualdad, que ha dado clara muestra de esa visión institucional de mucho gesto y poca transformación.

Pero estos treinta años de política institucional han tenido, como no podía ser de otra manera, una consecuencia en el movimiento organizado feminista. Las feministas no incorporadas al marco de las políticas públicas han ido sufriendo en este periodo un proceso de evidente desactivación. Un proceso lógico por otra parte en cualquier movimiento en el que el Estado recoge la batuta de reivindicaciones y demandas para llevarlas a cabo, ya que queda generalmente mermada su capacidad de reivindicación y por consiguiente de actuación. Pero como casi siempre sucede, cuando dejas que

otros actúen por ti, el resultado puede que no sea el esperado. Y en este caso, así ha sido.

En este momento muchas mujeres consideran ya que el camino no ha sido el adecuado, que los feminismos han sufrido un peligroso proceso de singularización donde la discrepancia y el debate se penalizan con el descrédito, donde se han cerrado en falso debates y discusiones que aún tienen mucho pendiente, y por ello se formó hace unos cinco años la corriente de pensamiento “Otras voces feministas”, donde se abren espacios en los que de manera abierta y plural, y con una profundidad inusual en los movimientos organizados actuales, se discute de temas como las políticas de igualdad y sus límites: el trabajo, el cuidado, la maternidad o el uso diferenciado del tiempo; los procesos de divorcio: mediación, custodia de los hijos, el llamado Síndrome de Alienación Parental, etc.; la transexualidad y otros interrogantes para las teorías feministas; la trata de seres humanos con fines de prostitución... Estos son temas que constituyen sólo un ejemplo de los muchos que hay sobre el tapete, los que esta primavera se abordaron en Madrid, dentro de un grupo de mujeres, históricas muchas de ellas de los feminismos de este país, con las que tuvimos el privilegio de compartir espacio y reflexiones, y con las que esperamos seguir haciéndolo en el futuro.



Poesía

Mosaico

Covadonga Linares Cardoso

¿Quién soy yo?

Me paro

me miro

y... ¿dónde estoy?

La luz que me roza calma
cuando el silencio ha asomado.

A tan sólo dos minutos,
cuando todo eran retazos,
la espuma espumaba al cielo
pintando el aire a su paso.

Ahora atrás, ahora adelante,
¡con más fuerza! ¡más a lo alto!

A ras de perder pie brilla
en un segundo dorado,
que inadvertido en pupila,
queda en la nada esperando;
y tal fuera la primera,
cada ocasión va ganando

un impulso más de fuerza,
que aunque era fin es más pasos.

Se diluye, (sé) que se va,
pero hoy cada retrato
se funde en el horizonte
de la costa al sol de marzo,
entre añiles verdeazules
y viento y aroma a salado.

La luz que me acaricia
rompe el mar en un mosaico,
y el mar, que es mujer y es agua,
dibuja con sus teselas
las acuarelas soñadas.

¿Quién soy yo?

miro al mar

miro a las demás

con el mañana en la pupila,
unidas en mosaico al caminar.



Isla

Covadonga Linares Cardoso

Escribo mi historia
 en papel de fumar,
 como si algún inconsciente malvado
 me la quisiera robar.

Un día
 dos
 tres
 pasa la vida y todo cambia
 o nada sigue igual...
 y busco

 mi puerto
 mi ancla
 dejar el mar que me arrastra
 entre salitre y arena
 y atarme en algún lugar.
 y busco

 mi cielo
 mi calma
 esa guarida secreta,
 oculta entre ramas,
 y poder llamarla hogar.

Y pienso
 un día
 tal vez
 cualquier día

deje al fin de buscar,
 quizás encuentre mi guarida,
 en mitad del océano mi isla.

Y pienso
 que hoy
 mañana
 y pasado

no son más que una patraña,
 que el tiempo es irreal
 y sólo existe lo soñado.

Entonces
 dime tú
 por qué
 seguir

perseguir ideas en vano
 si les faltan cabeza y pies,
 por qué volver a insistir.
 Quizás

 exista aún
 una razón
 inerte

varada en medio del silencio
 poseedora de la luz
 pero incapaz de moverse.
 Y yo sigo

 buscando
 mi isla
 en el mar

aunque todo parece tempestad
 yo lo sigo intentando
 porque en tierra está la paz.

Un día
 dos
 tres

pasa la vida y nada cambia
 y todo sigue igual.
 Vendo mi historia
 para huir de este lugar,
 para que una mano negra y silenciosa
 no me pueda matar.

Entrevista a Mónica Bernabé

Elisa Arciada

“Es necesario acabar con la situación de impunidad del maltrato a las mujeres”

Desde el año 2007 Mónica Bernabé reside en Afganistán, siendo la única periodista española desplazada en la zona, desde donde manda sus crónicas a *El Mundo* y *RNE*. Pero su implicación con el país va más allá de lo profesional: es conocido su trabajo de solidaridad y apoyo a las mujeres afganas y actualmente es presidenta de la Asociación por los Derechos Humanos en Afganistán.



Desde el primer grito de alerta de la comunidad internacional que desembocó en una guerra “para salvar a las mujeres afganas”, ¿en qué ha cambiado la situación de las mujeres?

La intervención internacional ha ayudado a cambiar mucho su situación. Las mujeres vuelven a participar en la vida pública y política. Por ejemplo, el 25% de los escaños en el Parlamento los ocupan mujeres. Asimismo las mujeres vuelven a tener acceso al

mundo laboral, a la educación y la sanidad. Y por último, uno de los mayores logros es que han surgido un montón de asociaciones de mujeres, que luchan por sus derechos.

Insiste en que el burka, aunque se convirtió en el símbolo de la opresión de las mujeres afganas en occidente, no es el principal problema de estas mujeres.

Se puede decir que la situación de las mujeres en su entorno familiar ha cambiado poco, e incluso a veces nada.



Desde el primer grito de alerta de la comunidad internacional que desembozó en una guerra “para salvar a las mujeres afganas”, ¿en qué ha cambiado la situación de las mujeres?

La intervención internacional ha ayudado a cambiar mucho su situación. Las mujeres vuelven a participar en la vida pública y política. Por ejemplo, el 25% de los escaños en el Parlamento los ocupan mujeres. Asimismo las mujeres vuelven a tener acceso al mundo laboral, a la educación y la sanidad. Y por último, uno de los mayores logros es que han surgido un montón de asociaciones de mujeres, que luchan por sus derechos.

Insiste en que el burka, aunque se convirtió en el símbolo de la opresión de las mujeres afganas en occidente, no es el principal problema de estas mujeres.

Se puede decir que la situación de las mujeres en su entorno familiar ha cambiado poco, e incluso a veces nada. Socialmente se considera que la mujer debe estar en casa, y hacer caso a su marido o, en su defecto, a algún otro hombre de la familia. O sea, a la mujer, por sí sola, no se le reconoce ningún valor. Esto hace que, en el entorno familiar, la mujer siempre viva en una situación de sumisión, incluidas las mujeres que, por ejemplo, son diputadas y tienen una participación en la vida pública.

Los problemas de las mujeres empiezan por el hecho de que en Afganistán es tradición que el padre escoja el marido para su hija, que normalmente es un hombre que ella no conoce de nada o sólo lo ha visto pocas veces. También es tradición que el hombre pague una dote por la mujer con quien se quiere casar, que puede llegar a los 3.000 o 4.000



dólares, en un país en el que el sueldo medio de un funcionario son 80 dólares. Una vez ha pagado, el hombre considera que aquella mujer es suya y que puede hacer con ella lo que le dé la real gana. A esto se añade una situación de impunidad generalizada, en la que se considera que el hombre puede actuar como quiera con su mujer, y leyes totalmente discriminatorias.

¿Qué acciones se podrían emprender?

Muchas. Empezando por cambiar las leyes, pero también acabar con la situación de impunidad y castigar a los hombres que maltratan a las mujeres o violan sus derechos más fundamentales, además de fomentar la educación de hombres y mujeres y su respeto por los derechos humanos.

Comentaba en una entrevista que era necesaria la presencia de las tropas internacionales para que no se desencadenara en el país una guerra interna, y

Desde el primer grito de alerta de la comunidad internacional que desembocó en una guerra “para salvar a las mujeres afganas”, ¿en qué ha cambiado la situación de las mujeres?

La intervención internacional ha ayudado a cambiar mucho su situación. Las mujeres vuelven a participar en la vida pública y política. Por ejemplo, el 25% de los escaños en el Parlamento los ocupan mujeres. Asimismo las mujeres vuelven a tener acceso al mundo laboral, a la educación y la sanidad. Y por último, uno de los mayores logros es que han surgido un montón de asociaciones de mujeres, que luchan por sus derechos.

Insiste en que el burka, aunque se convirtió en el símbolo de la opresión de las mujeres afganas en occidente, no es el principal problema de estas mujeres.

Se puede decir que la situación de las mujeres en su entorno familiar ha cambiado poco, e incluso a veces nada. Socialmente se considera que la mujer debe estar en casa, y hacer caso a su

marido o, en su defecto, a algún otro hombre de la familia. O sea, a la mujer, por sí sola, no se le reconoce ningún valor. Esto hace que, en el entorno familiar, la mujer siempre viva en una situación de sumisión, incluidas las mujeres que, por ejemplo, son diputadas y tienen una participación en la vida pública.

Los problemas de las mujeres empiezan por el hecho de que en Afganistán es tradición que el padre escoja el marido para su hija, que normalmente es un hombre que ella no conoce de nada o sólo lo ha visto pocas veces. También es tradición que el hombre pague una dote por la mujer con quien se quiere casar, que puede llegar a los 3.000 o 4.000 dólares, en un país en el que el sueldo medio de un funcionario son 80 dólares. Una vez ha pagado, el hombre considera que aquella mujer es suya y que puede hacer con ella lo que le dé la real gana. A esto se añade una situación de impunidad generalizada, en la que se considera que el hombre puede actuar como quiera con su mujer, y leyes totalmente

